

pedía que le bajasen los faldones, que estaban arremolinados sobre su frente.

»Al principio no pude verle la cara, porque la camisa se la cubría, y supuse que era un galopín en el primer período del *delirium tremens* por la forma en que blasfemaba mientras trataba de desembarazarse de sus harapos; pero cuando se volvió, vi un chichón tan grande como un pastel de puerco sobre un ojo; varios cardenales en la cara, algunas rayas de color violeta alrededor del cuello, y reconocí á Golightly.

»Al verme se puso muy alegre—añadió el comandante—y me rogó que no contase nada de aquello. Así lo hice; pero usted puede, si quiere, contarle ahora que el teniente ha regresado á Inglaterra.»

Golightly se pasó la mayor parte del verano trabajando para que el cabo y los soldados fueran llevados ante un consejo de guerra por haber detenido á un caballero oficial, á pesar de que ellos, como era natural, demostraron sentir profundamente el error cometido.

La noticia de la aventura llegó á los cuerpos de guardia y desde allí corrió por toda la provincia.



CONSECUENCIAS

De Rosacruz (1) las varias sutilezas
nacieron en Oriente
y al pie de Jacatala, el indio siente
al sectario que canta sus grandezas.
Busca, lector á Paracelso; admira
como Flood ha descrito
aquel Poder ignoto é infinito
que en cielo eterno con los soles gira!...
Lee después esta historia, pues deseo
que admires á la luna en su apogeo.

HAY en Sinla comisiones por un año, por dos, por cinco; y las hay también ó las había vitalicias, con las cuales se vive el término natural de la vida, asegurándose unos buenos mofletes y una buena renta.

Es inútil añadir que durante los meses de

(1) Secta que se jactaba de conocer todas las ciencias.—(N. del T.)

invierno, se puede abandonar la ciudad, que está entonces algo tristonera.

Tarrion llegó, sabe Dios cómo, de algún lugar apartado de la India Central, donde á Pachmari (1) le consideraban como un sanatorio, y donde se viajaba en carreta.

Pertenecía á un regimiento; pero lo que deseaba ardientemente, era salir de él y venirse á vivir para siempre á Sinla.

No tenía preferencia por nada en particular, aparte un buen caballo y una buena compañera, porque creía que era apto para todo; creencia que cuando está profundamente arraigada, es una bendición de Dios.

Entendía de muchas cosas, tenía buena presencia y se hacía simpático á todos hasta en la India Central.

Subió á Sinla, y como era inteligente y divertido, gravitó hacia Mrs. Hauksbee, que podía permitirlo todo menos la estupidez.

Una vez le hizo á esta señora un inmenso servicio, cambiándole la fecha de la invitación para un gran baile al que quería asistir y no podía, porque habiéndose peleado con el ayu-

(1) Pueblo indio.—(N. del T.)

dante de campo que era hombre mezquino, éste en venganza la invitó á la fiesta pequeña y no á la grande del día 26.

El trabajo fué obra maestra de falsificación, y cuando Mrs. Hauksbee enseñó al ayudante su invitación, y le regañó suavemente por no saber preparar las *vendettas*, él creyó que en efecto había cometido un error y juzgó además —pensando prudentemente,—que no se debía luchar con aquella señora, la cual agradecida, preguntó á Tarrion qué podía hacer por él.

Éste respondió sin titubear.

—Soy un escotero que está con licencia á fin de ver lo que puede pescar. No tengo en Sinla interés de ninguna clase; no conozco á ninguno de los que pueden dar empleos y necesito un sueldo bueno y saneado. Creo que usted es capaz de hacer todo lo que se le antoje. ¿Quiere usted ayudarme?

Mrs. Hauksbee se quedó pensativa durante un minuto; pasó por sus labios la extremidad del látigo de montar, como solía hacer cuando reflexionaba, sus ojos centellearon y al fin dijo:

—Sí, quiero—y alargándole la mano, se la estrechó.

Tarrion tenía tan absoluta confianza en esta gran mujer, que ya no volvió á ocuparse de aquello: lo único que le preocupaba era qué clase de nombramiento lograría.

Mrs. Hauksbee, comenzó calculando el valor de los jefes de los Departamentos y de los miembros del Consejo á quienes conocía, y cuanto más pensaba en ellos más se reía porque su corazón tenía que entrar en juego y esto le gustaba.

Después cogió una lista de empleos civiles y comenzó á examinarla. Hay algunos destinos muy hermosos.

Provisionalmente decidió que aunque Tarrion era demasiado *bueno* para el departamento de política, sería lo mejor empezar por tratar de meterle allí. ¿Qué plan era el suyo al intentar esto? No nos importa.

La suerte ó la desgracia trabajaron por ella, así que no tuvo que hacer más que esperar el curso de los acontecimientos y aprovecharle.

Los virreyes cuando lo son por primera vez sufren la monomanía de los *misterios diplomáticos*. Esto pasa con el tiempo, pero todos lo atrapan al principio porque no conocen el país.

El Virrey que en aquel momento sufría tal enfermedad (hace de esto mucho tiempo: antes de que Lord Dufferin viniera del Canadá y Lord Ripon del seno de la iglesia de Inglaterra), estaba muy malo y el resultado fué que cuantos eran novatos en guardar los secretos oficiales, estuvieron á punto de considerarse desgraciados, mientras él se vanagloriaba creyendo que había introducido nociones de prudencia en su Estado mayor.

El gobierno supremo tiene la irreflexiva costumbre de confiar lo que hace, á documentos impresos, en los que se consignan las cosas más variadas. Desde la orden de pago de 200 rupias á la policía secreta del país, hasta las sofamas administrativas á Vakils y Motamids de los diversos Estados, y las cartas un tanto ásperas dirigidas á los príncipes indios, encargándoles que pongan orden en sus casas; que se refrenen en lo de robar mujeres y no incurran en la manía de atracar de pimienta roja á los prisioneros ó en otras excentricidades de esta clase.

Por supuesto, estas cosas jamás pueden hacerse públicas, porque los príncipes indígenas nunca yerran *oficialmente*, y sus Estados,

oficialmente también, están tan admirablemente administrados como nuestros territorios. Además las licencias que privadamente se toman algunos seres raros, no son cosas que deban publicarse aunque muchas veces diviertan.

Cuando el gobierno supremo está en Sinla, estos documentos son preparados allí y se llevan á la mano á los que debían recibirlos ó en cajas oficiales ó por el correo.

Para aquel Virrey, los principios en cuanto á los secretos de Estado, eran tan importantes como la práctica, y sostenía que un despotismo benévolo como el *nuestro*, jamás debe permitir que ni aun las cosas más pequeñas como el nombramiento de un escribiente se publiquen antes de tiempo.

Era un hombre notable por sus opiniones.

En aquellos días se preparaba una gran hornada de documentos, y tenían que viajar de un extremo á otro de Sinla, llevados á la mano. Ni siquiera se les puso en un sobre oficial, sino en uno largo, cuadrado, de color de clavel pálido.

¡Tratándose de servicio público un papel fino y serpenteado!

Estaba dirigido al jefe de oficina, etc., etc. Ahora bien: entre el jefe de oficina etc., etc. y Mrs. Hauksbee y un rasgo de pluma, no hay gran diferencia si la dirección ha sido escrita por mano muy inhábil como aquella lo fué (1).

El *chaprassi* que cogió el sobre no era ni más ni menos idiota que los demás *chaprassis*, y lo único que hizo fué olvidarse de á quién tenía que llevar aquel pliego, de aspecto no oficial, por lo que se lo preguntó al primer inglés que halló al paso y que era un jinete que se dirigía con mucha prisa á Annandale.

El inglés, apenas miró el sobre y dijo: Hauksbee... *sahiba ki...* (2) y siguió andando. Lo mismo hizo el *chaprassi* porque la carta era la última del mazo y quería terminar.

No tenía que pedir recibo, así que dió el pliego al mandadero de Mrs. Hauksbee y se fué á fumar con un amigo.

Mrs. Hauksbee esperaba unos patronos, hechos en papel muy fino, que debía remitirle una amiga, así que apenas le entregaron el pliego grande y cuadrado exclamó:

(1) La equivocación sólo es explicable, escritas ambas frases en inglés...—(N. del T.)

(2) Señora de.—(N. del T.)

—¡Oh, excelente persona! y con una plegadera rompió el sobre cayendo al suelo y esparciéndose por él todos los pliegos oficiales.

Inmediatamente les recogió y comenzó á leerles.

Ya he dicho que la remesa era importante y con esto basta. Se trataba de alguna correspondencia, dos disposiciones, una orden perentoria á cierto jefe indígena y algunas otras cosas más.

Mrs. Hauksbee se quedó con la boca abierta cuando comenzó á leer.

Uno solo de aquellos rasgos que ponían al desnudo la máquina que gobierna la India; de aquellos legajos, saliendo de sus sobres amarillos, verdosos y pintarrajeados, habría asombrado al hombre más estúpido ¿qué no sucedería á mujer tan inteligente?

Al principio, se asustó como si un rayo hubiera caído á sus pies y no sabía qué podía hacer con aquello.

Al margen de uno de los documentos había iniciales y hasta observaciones algo más serenas que la misma orden. Las iniciales pertenecían á hombres que, unos han muerto,

otros se han ido, pero todos eran importantes en aquel tiempo.

Siguió Mrs. Hauksbee leyendo y pensando con calma á medida que leía, hasta que acabó por apreciar el valor de su hallazgo y discurrir los medios de aprovecharse mejor de él.

En aquel momento Tarrion llegó como llovido del cielo, y los dos juntos leyeron todos los documentos de cabo á rabo.

Como Tarrion no sabía la forma en que habían llegado á poder de su protectora, la creyó desde aquel instante la mujer más grande de la tierra, lo que era verdad ó casi verdad.

—El camino recto es siempre el mejor— dijo Tarrion después de hora y media de estudio y de conversación.

—Bien considerado todo, la Sección de noticias, está apropiada á mis condiciones tanto como la de Negocios Extranjeros. Voy á poner sitio á los dioses superiores en sus templos.

Y no buscó á un cualquiera, ni á un hombre de pequeña importancia; ni siquiera al jefe sin prestigios de algún departamento importante, sino que se fué á ver al hombre más grande, más influyente que el gobierno tenía,

y le dijo que necesitaba en Sinla un destino con buen sueldo.

La tranquila insolencia de la petición hizo gracia al personaje y como por el momento no tenía nada que hacer, oyó las proposiciones del audaz Tarrion.

—Supongo—le dijo—que además del mérito de su propia afirmación, tendrá usted otras cualidades que justifiquen sus pretensiones.

—Estas, señor; júzuelas usted.—Y como tenía buena memoria, comenzó á citar las notas más importantes consignadas en los documentos; haciéndolo lentamente, y una por una, como si estuviera echando gotas de ácido clorhídrico en un vaso. Cuando llegó á la *orden perentoria*, que lo era mucho, el gran personaje se turbó.

—Supongo—añadió Tarrion, con tono insolente—que el conocimiento especial de casos como este, vale por lo menos tanto,—digámoslo claramente—para ser empleado en el Departamento de Negocios Extranjeros, como el hecho de ser sobrino de la mujer de un oficial distinguido.

La alusión dió en el blanco porque el últi-

mo nombramiento había sido un acto de nepotismo y Tarrion lo sabía.

—Ya veré lo que puedo hacer por usted—dijo el personaje.

—Muchas gracias—respondió el escotero y se retiró mientras el otro fué á ver como podía poner sitio al nombramiento pedido.

Transcurrieron unos días con truenos, relámpagos y sendos telegramas.

No se trataba de un nombramiento importante, sino de uno de 500 á 700 rupias mensuales; pero, según decía el Virrey, lo que había que mantener era el principio del *secreto diplomático*, aunque fuera más que probable que á un mozo tan bien provisto de informaciones especiales se le creyera digno de cambiar de puesto.

Cambió, pues, y eso que debieron sospechar de él, á pesar de decir que aquellas noticias las había adquirido por méritos de su singular talento.

Debo advertir, que mucha parte de esta historia, incluso lo que siguió á la pérdida del pliego, debe imaginársela el lector porque hay poderosas razones que no permiten que se escriba, aun cuando si no está enterado de las

cosas del Olimpo no sabrá completarla y hasta dirá que es imposible.

Cuando Tarrion fué presentado al Virrey, S. E. dijo:

—¿Con que este es el mozo que atacó violentamente al gobierno de la India? No olvide usted caballerito, que esto no se hace dos veces.

Sin duda sabía algo.

Al ver Tarrion su nombramiento publicado exclamó:

—Si Mrs. Hauksbee tuviera veinte años menos y me casara con ella, antes de quince, llegaba á ser Virrey de la India.

Mrs. Hauksbee por su parte, al darle el escotero las gracias casi con las lágrimas en los ojos, exclamó:

—Ya se lo había dicho á usted,—y al quedarse sola añadió:

—¡Qué tontos son los hombres!



LA SEÑORA DEL SUBALTERNO

¡Si gritas, ¡vil asesino!,
en medio á la multitud,
todos, con gran inquietud,
mirarán á su vecino;
! porque desde que á Cain
acosamos con fiereza,
el miedo á nuestra vileza
ni mengua, ni tiene fin!

(*Moralejas de Vibart.*)

SHAKESPEARE dice algo respecto á los gusanos, ya sean gigantes, ya como escarabajos, que, si se les pisa, se revuelven furiosos.

Lo más prudente es no pisarlos jamás, aunque se trate del último subalterno procedente de Inglaterra, que apenas haya sacado los pies del plato y que aún conserve en las mejillas los colores producidos por la succulenta vaca inglesa.